



Por FERNANDO MORALES GUÍÑAZU

FRAGMENTO DEL PRÓLOGO A *LA CULTURA MENDOCINA* (1943)

# Contra el crudo materialismo

El autor reflexionaba sobre la imagen mercantil que tenía Mendoza en su tiempo

Constituye uno de los rasgos más salientes de la sociedad mendocina y por ende una de sus más típicas características, el ambiente de indiferentismo y de desconocimiento del acervo espiritual de Mendoza y de los hombres que han contribuido a formarlo, condición que predomina especialmente en la clase que por su cultura está a la cabeza de la sociedad.

Parece que un crudo materialismo ha primado sobre las cosas no convertibles en valores amonedados —en una época felizmente pretérita— aun cuando haya contribuido en mucho a ese estado de ánimo colectivo la formación aluvional de su pueblo, detalle que ha dado lugar también al nacimiento de una cantidad de prejuicios y leyendas que exigirían nutridas resmas de papel, muchos botes de tinta e inagotable cantidad de paciencia el desvirtuarlas.

España también adoleció de un mal parecido e igualmente sus hijos han debido gastar mucho papel, tinta e ingenio, aportando un cúmulo de pruebas documentales en su tenaz tarea, tendiente a desmenuzar la leyenda negra de la conquista y colonización americanas, como también la tan divulgada cuanto arraigada fábula de la juerga y de la pandereta que pesaba sobre la península ibérica, llegando a constituir el deslumbrante objetivo de atracción de viajeros y turistas.

Es más honroso para un pueblo o una ciudad poder enseñar a un viajero algún sitio histórico, una institución cultural, un monumento, que muchas hectáreas de viñedos o frutales, primorosamente cultivados, o bodegas construidas a perfección.

En todos los programas de agasajo a los turistas que nos visitan era casi una costumbre consagrada no apartarse de la norma de hacerles admirar tan sólo nuestra riqueza, exponente de la pujanza y el dinamismo de nuestro pueblo.

Conceptuamos que sería oportuno cambiar de sistema, alternando tales visitas con el conocimiento de instituciones culturales, como nuestro Museo de Bellas Artes, Museo San Martín, Museo de Historia Natural, bibliotecas, Junta de Estudios Históricos, Asociación de Arte y Letras La Peña, Academia de Bellas Artes, y aun dar en su honor alguna tenida literaria y artística, con elementos de nuestra "patria chica", máxime si se trata de intelectuales o de educadores.

Elo induciría al visitante a pensar que en Mendoza no sólo existen viñedos y bodegas, según la difundida idea tan generalizada, sino que les demostraría que también en ella se cultivan las actividades del espíritu.

Mendoza puede en verdad estar no sólo satisfecha sino envanecida, como ninguna provincia argentina, por sus riquezas, pero no es posible que un pueblo base su orgullo y cifre su honra solamente en sus riquezas.

La leyenda negra de Mendoza aún subsiste, dando margen a que muchos de sus hijos se consuelen pensando que no importa lo que se diga, dado que el desmentido a los murmuradores estaría en la enorme visión de su riqueza agrícola e industrial y en su incontrastable pujanza que pone de relieve la viril laboriosidad de sus hijos, de lo cual debemos sentirnos orgullosos.

Desgraciadamente, una parte importante de esa leyenda se debe a uno de nuestros intelectuales de prestigio, Franklin Harrow, que reiterara afirmaciones tan inexactas como hiperbólicas, primero en su libro *Sociología criolla* y luego en su *Ojeada retrospectiva* inserta en el número extraordinario de *La Nación* del centenario de 1910, en el mismo en que los más destacados escritores de las catorce provincias daban a conocer



La fundación de Mendoza, según Rafael Cubillos. Cuadro en la Legislatura provincial.

las peculiaridades de las suyas y la mejor altura a que ellas estaban colocadas en cualquier orden de actividades.

Como corolario de esa incomprensible afirmación, el difundido escritor Ricardo Rojas en *Las provincias* y en la *Historia de la Literatura Argentina*, basándose en ella y agregándole otras consideraciones no menos vejatorias con que nos ha zaherido, coincide en tan desaprensiva afirmación.

Felizmente, el distinguido literato ha reaccionado contra esos conceptos, según lo expresara en la carta que dirigiera a los estudiantes de Mendoza en el año 1936, en ocasión de ofrecerle éstos en homenaje un álbum, que dice así:

"En la dedicatoria se expresa que yo glorifiqué la gesta de Mendoza, que proyecté las bases para la Universidad de Cuyo y que restauré la memoria de los olvidados obreros de la cultura local. Todo ello es cierto, sobre todo si se recuerdan algunos capítulos de *El Santo de la Espada* y de mi *Historia de la Literatura Argentina*, o la cooperación que prestara, hace años, a una comisión de estudiantes mendocinos que pedía para Cuyo una Universidad Regional...

"Refiérense Uds. a aquellas censuras que hace más de tres lustros escribí sobre Mendoza, incluidas después en mi libro *Las provincias*, cuando señalé el contraste de sus progresos con el olvido de su tradición heroica y de los ideales que conducen a una mayor cultura intelectual y moral. A estas observaciones mías, que corresponde a una época ya felizmente superada, Uds. me contestan no con los signos del amor propio regional ofendido, sino con un espléndido homenaje para quien estimuló con sus críticas el esfuerzo renovador. Si esto es honroso para mí, lo es también para la juventud mendocina, que da con ello un hermoso ejemplo a otras provincias, en donde análogas críticas fueron contestadas con palabras de injusto resentimiento.

"A propósito de todo esto, quiero hacerles saber que mi libro *Blasón de plata*, —publicado como mi ofrenda personal a la Patria en su centenario— fue escrito durante el verano de 1910 en el Valle de Potrerillos, alternando la faena intelectual con excursiones a caballo que me llevaban hasta Uspallata.

"Acaso la exaltación emocional de esa obra y la contemplación de los Andes tutelares iluminados por la memoria del sacrificio de Cuyo en la gesta sanmartiniana hicieron ver con agudeza o exageración el contraste de las pingües bodegas, los parques lujosos y los centros de recreo

sensual con el apagamiento del culto a los valores espirituales. Sin duda, el terremoto que destruyó la ciudad había truncado su tradición sin que la nueva Mendoza hubiera tenido tiempo, en los afanes de un progreso febril, de crearse una conciencia nueva para los estudios del arte y de la ciencia, para el manejo autónomo de su propia riqueza moderna y para el mejoramiento de su población rural, donde la raza criolla iba pereciendo en la miseria, el analfabetismo y el vicio...

"Ante este nuevo espectáculo, que me complazco en reconocer y que debiera emular a otras provincias, confieso paladinamente que hoy no sería justo escribir sobre Mendoza las censuras que publiqué hace tantos años; pero me alegro de haberlas publicado entonces, puesto que ellas han contribuido a la reacción de que dan testimonio sus nuevas generaciones. Para ellas agito desde aquí mis palmas y para los maestros que en la Capital, en San Rafael y en otros lugares de la provincia las han estimulado con sus lecciones y con sus ejemplos".

Nuestro trabajo, como puede apreciarse, trata de ir contra ese prejuicio tan tenaz como injustificadamente arraigado. Un desfile de personalidades destacadas, en las diferentes ramas de la ciencia, las artes y las letras, con enumeración de sus obras, de su actuación pública y su labor intelectual, será más elocuente que toda argumentación y tal vez logre modificar un poco las opiniones adversas, demostrando así que los mendocinos no son ni han sido torpes, ni incapaces en ninguna de las gestas, como se ha pretendido hacer creer, poniéndonos una venda ante los ojos a nosotros mismos primeramente y luego a los demás, cuando nosotros estábamos casi convencidos de ello.

Mendoza no carece de pergaminos, correspondiéndonos en consecuencia exhibirlos, pues poseyendo prendas capaces de honrarla y enaltecerla es obligación de sus hijos lucirlas y no dejarlas relegadas en el fondo del baúl de la indiferencia, ya que no es dable esperar que lo hagan otros, pues ya sabemos cómo esos otros han fraguado la historia, adoptada en muchos casos como textos escolares.

Así, autores o historiadores, o más bien dicho "elaboradores de subproductos a veces históricos", proceden todos en la misma forma, de modo que, no siendo sus glorias y sus merecimientos divulgados por sus hijos, Mendoza no puede esperar de ellos nada bueno.